

le cubre la cabeza con un trozo de vieja muselina, arregla la chaqueta de Max con alfileres. Todo va adquiriendo cierto aire de solemnidad. Orasia oficia con una gravedad impresionante, y cuando su gruesa voz declara: «Quedáis unidos para siempre,» Minnie se muestra muy emocionada y Max también. Orasia ordena: «Dáos un beso.» Y Max, sonrojándose, besa á Minnie, quien también se sonroja, y le dice por lo bajo: «Ya estamos casados. ¡Me aguardarás!» En el fondo de su alma conservará Max un poco de infantil esperanza en aquellas palabras, y el beso de Minnie. Y quizás, á causa de la ocurrencia de Minnie, tendrá la fuerza suficiente para luchar, y para vivir, y jamás se leerá éste suceso: «Ayer fué extraído del Sena el cadáver de un muchacho de diez años.»

Llegó el día de la marcha. Anochece, llueve. El viento aulla. En el París parpadeante y fangoso, el carruaje rueda hacia la estación. A través de los cristales inundados, apenas se distingue á los transeuntes que luchan contra las ráfagas. Madrina y la señorita Noemi permanecen silenciosas. La obscuridad, el ruido de los cristales sacudidos, el feo hervor de la calle, añádense á su angustia. Pero se esfuerzan en aparecer

serenas, sonrientes, para no azorar á la niña. De vez en cuando cambian unas palabras. ¿Olvidó Melania los encajes de Minnie ó las enaguas de franela? La señorita Noemi tranquiliza á madrina. Todo está en su sitio. Vuelven al silencio, y el carruaje adelanta traqueteando en medio de la ciudad fúnebre...

Pero Minnie, alegre el alma, mira por la ventana y se interesa apasionadamente por el espectáculo. Claro que, cinco minutos antes, vertió una lágrima al despedirse de Orasia, de Melania y de Bobby. Y luego verterá una en honor de madrina y otra en el de la señorita Noemi. Pero en el curso de estas emociones, penosas ciertamente, aunque previstas y necesarias, hallará espacio para gustar del encanto pintoresco de este paseo nocturno por París. El resbalar del agua sobre los cristales es interesante, y las personas que chapotean ofrecen las más cómicas siluetas. Un obstáculo, para el cupé, á la esquina del boulevard Saint Germain. ¡Ay, qué gracioso! Las faldas y los sobretodos se arremolinan. Se ha vuelto del revés un paraguas. Una obesa señora, en pie sobre la acera, lucha contra la tormenta y descubre las pantorrillas. ¡Qué semblante pone tan gruñón! Un señor flaco le habla. ¡Ah, su sombrero

va á parar á un charcol... Minnie rie estrepitosamente.

Al oírla, madrina y la señorita Noemi se estremecen, miranse y cambian un discreto suspiro. Pero ¡eal! Minnie tiene razón: lo que turba y lacera sus almas temerosas, para ella no es más que motivo de curiosidad y ocasión de experiencia. Ignora Minnie el don funesto de añadir á las tristezas del presente, las penas del pasado y los temores del futuro. Recuerdos deprimentes, remordimientos tardíos, vanos escrúpulos, vagas aprensiones, inquietudes prematuras, presentimientos irracionales: Minnie prescinde de ese inútil bagaje. Los brinco de los transeuntes enlodados y el efecto de las luces sobre el mojado pavimento: he aquí lo que la divierte. ¡Lo demás para más tardel... En tanto, la señorita Noemi, súbitamente alarmada, comprueba satisfecha que las tablillas de chocolate están en el maletín entre las medias de recambio y los pañuelitos.

Por fin llegaron á la estación. El carruaje rueda con lenta marcha entre un océano de camiones, de simones y de ómnibus cargados de paquetes y maletas. Ojos amarillos, verdes, bermejos, se ofrecen á sus miradas. Sobre el anden amontonan un sin fin de maletas, cestas, cofres, cochecitos para niños, bicicletas, baules. Un hormiguero de emplea-

dos y de viajeros se agita á su alrededor, perforado de vez en cuando por el paso de una carretilla. Los cocheros y los mozos de cuerda vociferan. Los automóviles berrean. Pero el agudo silbido de las locomotoras lo domina todo. Minnie dice algo; no se la oye. Madrina se agacha. La niña grita á su oído: «¡Es muy divertido esto!»

Abrese la portezuela del carruaje. La pequeña barrera de madera y cristal deja de proteger á los viajeros. Parece que la batahola exterior rueda sobre sus cabezas, martillee sus sienes, las aplaste. Madrina siente hendírsele la cabeza. Quisiera volver á cerrar la portezuela y decir al cobero que huyese, que la volviese á casa, al fondo del patio tranquilo, lejos de aquel infierno. Es una locura dejar partir á una chiquilla en semejantes condiciones. Hubiera debido explicar mejor á Mauricio y á su esposa que era imposible aventurar de ese modo á la niña. Es un crimen. Y ella es cómplice de él. ¿Si mandase un telegrama? Pero es demasiado tarde. ¡Santo cielo! Con terrible sacudida, la maleta de Minnie dá contra el suelo, al lado del cupé. Se habrá quebrado todo. Aparece el rostro de un empleado. El equipaje está abajo. Deben apearse. ¿Dónde van las señoras?...

Acurrucadas unas contra otras, madri-

na, la señorita Noemi y Minnie siguen al mozo de cuerda que atraviesa la muchedumbre. Para tranquilizar á madrina, la señorita Noemi ostenta en sus labios una sonrisa inexpresiva, finge la mayor naturalidad, va de derecha á izquierda, dirigiendo á los empleados preguntas absurdas que ellos acogen refunfuñando y encogiéndose de hombros. En medio de aquel tumulto, madrina sólo conserva un pensamiento: que no atropellen á Minnie. Que Minnie no se aparte de ella. Que no la arranque de su lado una de aquellas oleadas humanas. Si llegan al despacho de billetes sanas y salvas será por milagro. Empujadas, golpeadas, tambaleando, siguen avanzando. Minnie grita, gruñe, ríe y se enfada á un mismo tiempo, y de vez en cuando repite á madrina: «¿Verdad que es interesante?»

Por fin, concluyen las operaciones preliminares. La conmiseración indulgente de un hombre que lleva gorra, ha facilitado las cosas. Minnie tiene ya el billete, y el equipaje quedó facturado. Ya sólo falta dar con el tren y el amigo Gouf. Tras el mozo de cuerda que lleva en la mano el maletín de Minnie, madrina, la señorita Noemi y la viajera emprenden la marcha. Resueltas á llegar hasta el fin, ya son ellas quienes se abren paso á codazos, atropellan á los bobos, recogen

maldiciones, llegan victoriosamente al empleado que comprueba los billetes y, á costa de un supremo esfuerzo, logran por fin evadirse de aquella barahunda...

En el andén, si se tiene en cuenta el murmullo que llena la estación, nótese una relativa calma que envuelve los departamentos de los grandes expresos transcontinentales. Madrina afloja un poco la mano, y la señorita Noemi se arregla el sombrero... ¿Dónde estará el amigo Gouf? Debe de estar allá. Madrina en el fondo de su corazón vislumbra una débil esperanza. ¿Si alguna dificultad le hubiese retenido? Aun que se tratase únicamente de un fuerte resfriado pulmonar, ó un ligero esguince: los hay que, bien cuidados, pueden durar meses enteros. ¡Ay! delante de una portezuela dibújase la silueta del propio amigo Gouf y les dirige señales de bienvenida.

Está odioso. Jamás madrina lo halló tan feo y tan ridículo. Le pareció oportuno, sin duda con intención de imponerse, tomar ademanes de viajero profesional. Ostenta una gorra verde y una manta amarilla. Minnie le examina y le pregunta:

—¿Por qué te has disfrazado de inglés?

Pero súbitamente lanza un grito de sorpresa y palmotea.

—¡Mire usted, madrina!

Está hecho una ridiculez. Madrina se

arrepiente de haber acogido al amigo Gouf con tanta mansedumbre... ¿Pues no le ha dado la ocurrencia de ponerse pantalón corto y medias escocesas?

No está mal. Bajo la mirada de madrina, el amigo Gouf se sonroja. Minnie brinca á su alrededor con extremado alborozo y mira de soslayo y con insistencia sus pantorrillas. El se envuelve púdicamente en su macfarlan.

Afortunadamente el mozo de cuerda pregunta donde debe depositar los paquetes de Minnie. Le llegó al amigo Gouf la ocasión de lucirse. Sucesivamente, alcanza, deja caer, recoge y cambia varias veces de lugar los paquetes. Luego ha de ir á buscar dinero para la propina... Esto le da tiempo para reponerse. Desciende con el semblante ya sereno.

Mientras la señorita Noemi y Minnie van á comprar una caja de caramelos, madrina queda sola en el andén con el amigo Gouf. Y, severamente, le acosa. Con talante ceñudo, le recuerda su deber y no le disimula las dificultades de su tarea. La doncella no se les reunirá hasta Nancy. Hasta allí, él será el único responsable de Minnie. Deberá procurar que la niña descanse y que se le mantengan los pies calientes. Sin que, á pesar de eso, entre en sudor. Porque si sudase, al abrirse la portezuela, pillaría

un resfriado. Un resfriado mal atendido, agravado por el viaje, podría traer consecuencias fatales. Las pulmonías obran con mucha rapidez. Madrina hace estas advertencias únicamente por consideración al amigo. Su responsabilidad ya terminó, á Dios gracias, de modo que puede lavarse tranquilamente las manos. Pero le gustaría que la niña no sufriera demasiado por la locura de sus padres y la incompetencia de su acompañante... El amigo Gouf baja la cabeza. No dice amargas palabras. Madrina tiene razón. Durante toda su vida se sintió incompetente para todo.

No obstante tiene ocasión de tomar un ligero desquite. Un adolescente que empuja una pequeña carreta, vocea: «¡Almohadas, cobertores!» Madrina lanza una mirada irónica al amigo Gouf. ¿Sin duda, no habrá siquiera pensado que Minnie necesitará descansar la cabeza en alguna parte?... Triunfante, el amigo Gouf exhibe dos almohadas. «¡He comprado además un par de cobertores!»

Vuelve á agachar la cabeza. Pase lo de las almohadas. Pero los cobertores son nidos de microbios. Nadie lo ignora. Minnie ya tiene el suyo.—¿Por qué los microbios, amigos de los cobertores desdeñan las almohadas? Sería intere-

sante aclarar esta cuestión biológica. Pero fuera imprudente pretenderlo... Por otra parte, madrina ya no presta atención al amigo Gouf. He aquí á Minnie de vuelta con la señorita Noemi. Trae en la mano la caja de caramelos y habla gesticulando. ¡Qué linda está con su toca roja, con su chaquetita de nutria que le ciñe un poco el talle, y su minúsculo bolso amarillo que le presta un verdadero aire de viajera! ¡Qué linda mujercita va á ser, decidida, avispada y alegre! ¿Pero no lo es ya? ¿Qué le falta para ello? ¡Apenas diez años! ¡Diez años! El amigo Gouf será casi un vejete y madrina ¿quién sabe desde cuánto tiempo dormirá bajo la tierra?

Mientras Minnie y la señorita Noemi se entretienen paseando, madrina y el amigo Gouf permanecen silenciosos, sentados en un banco. Los pensamientos que se despiertan en su interior, no necesitan ser expresados. Son los pensamientos, usuales y dolorosos que trae consigo una marcha. El tren que va á partir, la vana agitación, el supremo adiós, y luego la separación, el silencio; todo esto constituye la imágen eterna de la vida, constituye la imágen de la muerte. A hurtadillas, el amigo Gouf contempla el semblante de madrina, quien permanece distraída. Y bruscamente, siente un gran remordimiento

por no dar con algunas palabras que la consuelen un poco. Porque, en la angustia que desgarrá su corazón, madrina, por algunos segundos, olvida que no está sola todavía. Su voluntad desfallece; su disimulo la traiciona. Tumba sobre el banco su cuerpo abatido. Su vetusto semblante, avellanado y rugoso. se contrae, ridículo y lastimado. Solo sus ojos viven aún, fijos en Minnie, que no la mira. Y la contracción de todos sus rayos denota tal dolor, tal lasitud, que apesadumbra al que la mira; uno quisiera ver humedecidos sus ojos, los ojos agotados de la anciana que ya no pueden llorar...

Y el amigo Gouf siente su alma afligida por aquel dolor... Quisiera decirle algo para consolarla, algo dulce, que le diese á entender que no está completamente sola, que él por lo menos la comprende, y se hace humilde partícipe de su dolor. En ella sobrevive todo el pasado, todo cuanto amó. Es la madre de Clara-Angélica. Siente por ella un respeto tierno, infinito. Entre los vivientes, ella es la única que puede conmover ciertas fibras secretas de su corazón... Con la mirada suplicante, el acento filial, se le acerca y murmura: «¿Quiere usted tomar algo?»

Esta frase imbécil es lo único que alcanza á articular. Madrina le mira un

poco sorprendida y le da las gracias; mientras él se muerde los labios y siente impulsos de pegarse. Minnie se aproxima dando saltos: «Hay un perro en el departamento vecino al nuestro. Se llama Fox; es un hermoso *colley*. ¿Podré jugar con él en el pasillo, verdad? Vengan á verlo». Y van á ver á Fox.

Pero, de pronto, de un extremo al otro del tren se propaga un rumor:

—¡Señores pasajeros... al tren!

Los que por allí pasaban se precipitan á las portezuelas, cambian apretones de mano.

Llegó el momento de partir.

—¡Ea, Minnie, ven á decirme adiós!

En el semblante de madrina dibújase una sonrisa y la anciana tiende sus brazos á la niña. Minnie se precipita en ellos y la estrecha con todas sus fuerzas. ¡Oh! ¡qué pena tener que separarse de madrina! ¿Por qué madrina no la acompaña? Las lágrimas inundan sus mejillas. Madrina se emplea en consolarla... La señorita Noemi balbucea algunas palabras ininteligibles, hace muecas y se suena á cada instante. El amigo Gouf se vuelve con alguna confusión. Las públicas demostraciones hieren su pudor. Pero, en el fondo de su garganta, siente algo que le inquieta, que está á pique de hacerle berrear como un chiquillo.

—¡Señores viajeros al tren!

Las portezuelas se cierran. En medio de su llanto, Minnie se interrumpe:

—¡Pronto, pronto, no vayamos á perder el tren!—Escala el pedal. Se asoma á la ventanilla del compartimento. La señorita Noemi recibe algunas recomendaciones. La despedirá de Bobby. Dirá también muchas cosas á los niños Peborde, sobre todo á Max.. y también á Sofía y á Lulú. Escribirá á Minnie... Y Minnie le dará noticias suyas...

Por su parte, el amigo Gouf se despierte de madrina. Tendrá en cuenta sus recomendaciones. Obrará cuanto que sepa. Pero madrina hace un ligero ademán que anula cuanto haya podido decir antes, y se reduce á murmurar: «¡Se la confío á usted!»

Hay en el tono en que pronuncia sus palabras algo así como una súplica y al propio tiempo una confianza tan profunda, tan segura é inesperada, que el amigo Gouf se siente conmovido en lo más hondo de su alma. No de otro modo hubiera pronunciado estas palabras, si, en otro tiempo, le hubiese confiado el tesoro adorable que la muerte le arrebató. Bruscamente, el amigo Gouf adquiere la seguridad de que madrina conoce su secreto, de que no le guarda rencor alguno por haber amado á Clara-Angélica, de que sus asperezas y agresiones no son más que una

apariencia, que entre la anciana y él existen preciosos é indestructibles lazos... Asoman á sus labios las palabras necesarias para expresarle delicadamente su agradecimiento... Pero no puede pronunciarlas. Redúcese, pues, á sacudir la cabeza con una sonrisa tranquilizadora y vaga...

Resuena un silbido. El tren se pone en marcha, resoplando. El amigo Gouf saluda con la gorra. Minnie envía besos. Más tarde, al cabo de mucho tiempo, cuando la preguntarán: «¿Te acuerdas de madrina?» se representará siempre en una vasta estación, á una anciana, de pié, agitando un pañuelo para despedirla...

Atravesando los murmullos y la barahunda, madrina y la señorita Noemi, vuelven al cupé.

—¡A casa!

Y el carruaje rueda á través de las ráfagas de París. Una y otra permanecen silenciosas. Madrina se abstiene de manifestar su dolor; fuera debilidad. Y la señorita Noemi pecaría de indiscreta, abandonándose al suyo. Así pues, permanecen una al lado de otra, mudas. Y sus pensamientos vuelan juntos allá abajo, en pos del largo exprés luminoso que conduce á Minnie hacia lo desconocido.

Pero, de pronto, la señorita Noemi lanza una exclamación de angustia:

—¡Creo que he olvidado el agua de azahar!

Madrina mueve la cabeza con desagrado y expresa largamente su pena. Y esto alivia á las dos. Pero la señorita Noemi, después de deplorar su atolondramiento se dá con la mano en la frente: ¡Ah! ¡no!

¿Perdió la cabeza? Recuerda ya perfectamente haber puesto el frasco en la maleta, al lado de la lámpara de alcohol.

El coche para. Ya están de vuelta á la calle de Varennes. Pero solo descien de madrina. La señorita Noemi irá á enterarse de cómo sigue la señora de Marlins, que estaba muy grave.

El cupé se aleja. Lentamente, pesadamente, madrina sube los peldaños de la vasta escalera. Todo acabó. El sueño de dos meses se ha disipado. La noche envuelve la vieja casa sombría. Con Minnie desapareció la centella que la iluminara. Hay que proseguir la vida monótona y gris, larga preparación de la muerte. ¡Oh, sí, muy larga! No obstante, en aquel momento, juzga madrina que el término no está lejano. Jamás subió la escalera con tanta dificultad. Sus miembros parecen de plomo y le arrancan profundos gemidos. Diríase que su corazón va á detenerse. ¡Ah, si Dios quiere, el término no estará muy lejano!

Viéndose sola, al llegar á su puerta exhala un débil gemido. Es el único signo exterior que aliviará hoy un poco la tortura que la oprime.

Pero en el momento en que va á introducir la llave en la cerradura, párase y escucha. En el rellano del segundo piso oyóse cierto rumor. Levanta los ojos. Un rostro asomaba por encima del tramo; retirase vivamente, pero no lo bastante para que madrina deje de reconocerle...

—¿Es usted, Max?

Un rumor de ténues pisadas descende los peldaños. Y á la luz del gas, madrina vé aparecer ante sí á Max Peborde. El también quiere aparentar serenidad. Pero sus ojos enrojecidos, sus labios contraídos, el abatimiento general de su semblante, denotan su congoja. Madrina advierte en el niño un dolor tan profundo como el suyo, acaso más agudo. Y, bruscamente, su corazón se explaya:

—¿Espera usted algo, Max?

Max musita algunas sílabas confusas.

—Esperaba... Quería saber...

No es menester que se explique. Madrina le ha comprendido. Sí, Minnie ya ha partido. Le dió nuevos recuerdos para su amigo Max. Mañana llegará á Viena. Dentro de dos días tendrán noticias suyas...

Todo acabó. Perdióse la última espe-

ranza, la esperanza absurda, íntima, que sustenta el condenado hasta el instante en que agarra su cuello el instrumento de muerte.

—Gracias, señora, gracias; yo...

Tambaleándose, Max dá un paso para marcharse, pero no puede. Se apoya en el pasamano; los sollozos le ahogan, desgarran su pecho débil. Esto no puede soportarse. Pero siente dos manos que se posan dulcemente sobre sus hombros y le atraen; una voz indescriptiblemente tierna balbucea: «¡Pobrecillo! Volverás á verme y cada día hablaremos de ella.»

...A los que son objeto de sus amores, Minnie, la pequeña hada sutil, les ha dejado, al marcharse, un supremo recuerdo de despedida. Gracias á ella, madrina contará, desde aquel momento, con la ternura de un nieto, y Max con la de una abuela. Por haber pasado Minnie por allá, vivirán menos tristes.

... Entretanto, lanzando formidables resoplidos y silbidos estridentes, el rápido interminable hiende la noche y se interna en lo desconocido... Extendida sobre el banco, Minnie, antes de dormirse, se entrega á sus pensamientos. En el pasado lejano, allá abajo, tras sí, se confunden las figuras de madrina y de Max, y la silueta extravagante de la señorita Noemi. Pero mañana abrazará

á papá, y dentro tres días se hallará entre los brazos de mamá. ¡En Constantinoplal... El corazón de Minnie se estremece dentro de su pecho... ¡Oh! qué avance más deprisa, más deprisa, el largo tren que devora el espacio! La tierra luminosa está allá abajo, la milagrosa tierra donde los minaretes yerguen sus cúpulas; la tierra de los hombres con turbantes y de las mujeres caprichosamente veladas, la tierra que mecen las olas de zafiro del Cuerno de Oro. Todo eso pertenece á Minnie. Todo eso la espera. El Oriente la llama. Abre y cierra las manos para alcanzarlo. Los dones de la vida están á merced de su antojo. La niña siente ansias de caer sobre ellos, cual si fueran sus propios bienes...

Y, sonriente, Minnie se entrega al sueño, nimbada de azur y de luz. Y cada paso de la locomotora jadeante la aproxima al país radiante donde nace el sol.

FIN

EPILOGAL